

Los problemas políticos, o, más generalmente, los problemas públicos que interesan a la ciencia política y a la sociología política, están atravesados por una dimensión discursiva. Es más: podría decirse que no hay fenómeno político que no pueda interpretarse y leerse a la luz de los discursos que lo conforman. Es cierto que, en muchas de sus acepciones y vertientes teórico-metodológicas, las ciencias sociales sospechan de los discursos, considerados como un aspecto superficial, cuando no ornamental o directamente encubridor de un núcleo fundamental y más verdadero: los datos, los hechos, las evidencias, la realidad misma. Nos encontramos en el corazón de las reflexiones epistemológicas fundantes de las ciencias sociales, aquellas que atañen al estatus y la cualidad de los objetos de estudio de estas ciencias que se ocupan de lo humano, de lo social, de lo político, y cuyos objetos son complejos, mutantes, inaprehensibles en su totalidad por cuanto los investigadores son parte de los fenómenos que estudian.

En tanto disciplinas descriptivas e interpretativas, las ciencias sociales se proponen desentrañar los sentidos que se producen en el marco de estructuras significativas, jerarquizadas y ordenadas como son las sociedades, los sistemas políticos, las políticas públicas o los movimientos sociales, entre tantos otros temas de interés: ¿qué significa, cómo se explica o cómo funciona una elección, una manifestación, una revolución, una decisión política? Se trata de explicar, como afirmara el antropólogo Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas* de 1973,

“expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie” pero que responden a algún tipo de patrón. El “estatus ontológico” de esas expresiones sociales (material o mental, concreto o abstracto), dice Geertz, no es aquello por lo que hay que preguntarse: “Lo mismo que las rocas por un lado y los sueños por el otro: son cosas de este mundo. Aquello por lo que hay que preguntar es por su sentido y su valor”. Las rocas y los sueños son cosas de este mundo, tanto como lo son una manifestación multitudinaria, una piedra arrojada contra un policía, una pancarta de repudio o un discurso llamando al orden o a la revuelta. Son cosas de este mundo, y nos interesa desentrañar su sentido y su valor.

Pero las cosas de este mundo, y especialmente las cosas de nuestro mundo social y político, son efecto de operaciones discursivas. En ese sentido, abordar la dimensión discursiva de esos fenómenos supone adoptar una mirada constructivista de la realidad social, según la cual el investigador, él mismo socialmente situado, crea –en su interacción– las realidades que constituyen los materiales recolectados y analizados, materiales que además pasan por procesos de producción y circulación social. Pero la mirada constructivista recae también sobre los fenómenos mismos: quien estudia discursos se inscribe en la hipótesis foucaultiana según la cual la realidad misma es un efecto de las prácticas discursivas.

¿Qué es, entonces, un discurso? Vale la pena volver a las obras seminales de Foucault: conjunto de “prácticas que forman sistemáticamente los objetos de

los que hablan”, a la vez “instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo”, el discurso “transporta y produce poder, lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo”. No es “solamente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también el objeto del deseo; [...] no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, es aquello por lo que, y por medio de lo cual, se lucha, aquel poder del que uno quiere adueñarse”, dice Foucault en *El orden del discurso* de 1971.

En sus trabajos sobre el carácter discursivo de lo social, Laclau retoma la perspectiva foucaultiana, pero establece dos distinciones claras. En *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* de 2000, Laclau afirma, en primer lugar, que las prácticas discursivas incluyen tanto material verbal como no verbal: el discurso es “el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso no entendemos algo restringido al habla o a la escritura [...], sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo”. En segundo lugar, anula la distinción foucaultiana entre prácticas discursivas y extradiscursivas (instituciones, leyes, economía). Esto no implica afirmar que todo lo real es discursivo, y que el mundo exterior al lenguaje carece de existencia, pero sí implica adoptar una perspectiva epistemológica sobre la realidad: desde esta mirada, un hecho natural como un terremoto puede ser interpretado como un fenómeno climático-meteorológico o como la expresión de la ira de Dios. En ambos casos, las lecturas sobre el hecho se ubican en un determinado campo discursivo (el científico o el religioso) que le

da entidad. Un terremoto, la ciencia, la religión: son cosas de este mundo.

Muchos dirán que hoy en día la querrela entre positivistas y antipositivistas está perimida; que ya nadie duda de la centralidad de los discursos y de las ideas a la hora de analizar hechos sociales. Y eso es cierto: basta observar las revistas, los programas y los currículos de ciencia política o sociología política para observar que no faltan allí abordajes discursivistas o ideacionales. Sin embargo, es en los métodos de investigación donde retorna, muchas veces, una mirada positivista que intenta reponer datos, evidencia, hechos, intenciones individuales. Pero los discursos no pueden reducirse a datos que funcionen como evidencia, ni a elementos subordinados a los hechos, ni a expresiones de una intención individual. Como dice Fairclough en su clásico *Analysing discourse* de 2003, estudiar un discurso como una forma de práctica social supone, “en primer lugar, que es un modo de acción [...], y, en segundo lugar, que siempre es un modo de acción situado histórica y socialmente [...] –que está configurado socialmente, pero también, que es constitutivo de lo social, en tanto contribuye a configurar lo social–”. De allí que los cientistas sociales interesados en la dimensión discursiva de los hechos sociales suelen interrogarse por la metodología. ¿Existe una metodología para estudiar los discursos? Por metodología no nos referimos, por supuesto, a una técnica: podemos disponer de numerosas técnicas (manuales o informáticas) de recolección, sistematización, clasificación e incluso medición de discursos sin que esto redunde en una metodología de análisis. En este punto, los múltiples y cada vez más sofisticados softwares dedicados

a recopilar material textual, a identificar frecuencias, a clasificar estilos, temas o modalidades mediante finas técnicas de inteligencia artificial son instrumentos de gran utilidad para el analista en una primera etapa de investigación.

Pero una metodología de análisis de discursos no podrá limitarse a esas técnicas. Nos interesa destacar tres premisas que resultan fundamentales a la hora de abordar materiales discursivos, sean estos verbales, multimodales o no verbales.

En primer lugar, el analista debe construir un corpus. Un corpus es un cuerpo de enunciados que surge como resultado, y no como punto de partida, de la investigación. En el inicio, el investigador se topa con materiales diversos, heterogéneos, múltiples. Los materiales carecen de unidad interna: esta unidad es el resultado de una operación de recorte, montaje y puesta en serie que realiza el investigador guiado por sus intereses, sus preguntas e hipótesis. De allí surge el corpus, que tiene un carácter artificial: en este sentido, no hay algo así como datos discursivos puros y duros que tengan, *per se*, la capacidad de funcionar como prueba o como evidencia de una hipótesis. Estudiar las regularidades o variaciones de, por ejemplo, las modalidades de habla de las mujeres políticas, requerirá de la construcción de un corpus de enunciados —que dista de ser excluyente y exhaustivo— entre los muchos materiales disponibles (entrevistas, alocuciones públicas, arengas, tweets, afiches de campaña), corpus en el cual esas regularidades o variaciones, o más bien las regularidades en la variación del habla de las mujeres políticas, se hacen visibles.

En segundo lugar, como señala Elvira Arnoux en *Análisis del discurso, modos de*

abordar materiales de archivo de 2008, el método del analista de discursos es el que Carlo Ginzburg define como propio de las ciencias interpretativas: el método indicial. En ese sentido, el razonamiento dominante no es inductivo ni deductivo sino abductivo, esto es, el que establece conexiones, equivalencias, analogías y organiza un “paradigma de inferencias indiciales” a partir del rastreo de pistas, huellas y síntomas que permiten construir interpretaciones. Se trata, según explica Ginzburg en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia* de 2008, ni más ni menos que del “método morelliano” para establecer la autoría y la falsedad en cuadros antiguos, así como del método que emplea Freud en su famoso ensayo sobre el Moisés de Miguel Ángel (y en la lectura sintomática, en general) y el mismo Sherlock Holmes en sus investigaciones detectivescas: de la misma manera, el analista de discursos busca detalles, regularidades o irregularidades llamativas, ruidos, huellas, pistas materiales (tonos, palabras, modos, colores, gestos) que le permitan establecer relaciones entre ese discurso y otros discursos que lo rodean, en el presente, en el pasado o en el futuro (en su dominio de actualidad, de memoria o de anticipación).

Y este es precisamente el tercer elemento metodológico que el analista de discursos deberá adoptar como premisa: todo discurso se inserta en una red de enunciados, está rodeado y atravesado por un interdiscurso que lo constituye. Así, ningún discurso político sucede *ex nihilo*, aunque su ocurrencia sea única, en tanto se inscribe en una cadena, en una memoria, en una tradición, en una polémica o en una trama que lo desborda y al mismo tiempo lo enmarca.

En definitiva: existe un terreno muy fértil, en el campo de las ciencias sociales y políticas, para adoptar miradas discursivistas capaces de aprehender, interpretar y explicar el sentido de esos fenómenos complejos, cambiantes y

multidimensionales que nos involucran como investigadores pero también como ciudadanos, como activistas y como sujetos sociales.

SOL MONTERO

DISCURSOS Y METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN. APUNTES DESDE LOS FEMINISMOS

¿Cómo me entiendo a mí misma y entiendo al mundo? Cuestionar, investigar, reflexionar, querer entender, son acciones muy propiamente humanas, hasta donde sabemos. ¿Cómo —a través de qué mecanismos o con qué herramientas— reflexionamos, creamos, compartimos, cuestionamos estos saberes? Con el lenguaje, con el discurso. La investigación puede tener únicamente fines de entendimiento, goce intelectual y/o autoconocimiento, pero también puede buscar incidir para transformar la realidad que se estudia/investiga a través, por ejemplo, de la toma de decisiones de política pública. De esta forma, lo aquí escrito no solo es aplicable al trabajo a nivel académico, también de ONG, consultorías, personas que toman decisiones, entre otras.

DISCURSOS Y METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

La metodología puede entenderse como la teoría sobre procedimientos que se siguen o deberían seguir para analizar la información de un determinado aspecto de la realidad; considera una serie de métodos y técnicas utilizadas para producir/le-

vantar/construir información a fin de establecer hallazgos y conclusiones respecto de la realidad o fenómeno estudiado.

La acción de investigar progresivamente se ha ido perfeccionando, profesionalizando, tecnificando y desde el siglo xx se han cristalizado dos métodos para realizar investigación: el cuantitativo y el cualitativo. Ambos, aplicando procesos específicos para crear conocimiento y/o sistematizar saberes. Saberes que pueden remitirse al “afuera” (el mundo, las otras personas, la alteridad), al “adentro” (mi misma) y/o a la relación entre ambas.

En todos los casos se utiliza el discurso para concebir, representar, registrar y compartir las ideas que surgen del proceso investigativo. A nivel general, es posible comprender el lenguaje: (i) esencialmente en términos representacionales conceptuales, es decir, como instrumento para representar el pensamiento (Chomsky y toda la lingüística generativa contemporánea); (ii) subrayando su carácter comunicativo, el hecho de ser un medio para la comunicación y la transmisión entre las personas que habilita la acción (Benveniste y toda la lingüística pragmática). En este punto resulta relevante considerar a Patrizia Violi, quien señala que cualquier